

## Moby Dick era una ola

**H**ACE un año y pico, el editor Luis Solano, de Libros del Asteroide, me propuso traducir un libro de un autor americano desconocido para mí: William Finnegan. El libro, *Barbarian Days*, era una voluminosa autobiografía dedicada íntegramente al surf. Solano me explicó que Finnegan era un periodista del *New Yorker* que había empezado a surfear en California cuando era niño, en los años 60, y que durante toda su vida profesional había sido un surfista «oculto» que surfaba en sus horas libres. Este libro de memorias era su salida del armario como surfista. El libro no era nada fácil de traducir: incluía descripciones detalladas de casi todas las rompientes famosas del surf (en Hawái, en California, en Sumatra, en las islas Fiji, en Sudáfrica, en Madeira). Por supuesto, también traía explicaciones detalladas de tablas y de técnicas de surf, de olas y de marejadas, de meteorología y de argot surfero. ¿Me apetecía traducirlo?

Solano sabía que yo había escrito un relato surfero ambientado en Puerto Escondido, en la costa del Pacífico mexicano —«Lugar de Espinas Grandes»—, pero mis conocimientos de surf son muy limitados. Yo nunca he surfado y mi curiosidad por el surf se limita a la fascinación que siento por esa actividad místico-aventurera-deportiva (porque el surf no es un deporte, y quien lo crea así no es un verdadero surfista). Al no tener conocimientos técnicos de surf, me daba miedo traducir un libro que estaba plagado de términos que no conocía bien. Pero Luis Solano me tranquilizó. Me dijo que él mismo —buen aficionado al surf— me ayudaría en los pasajes más complicados. Y si hiciera falta, buscaríamos la ayuda de alguien que supiera mucho más de surf. Al final, esa persona fue Willy Uribe, el escritor vasco que es surfista y fotógrafo y que ha escrito varios libros de relatos relacionados con el surf. Por cierto, Willy Uribe ha surfado en Puerto Escondido. Y gracias a él, que ha re-

visado a fondo mi traducción. *Años salvajes* se ha convertido en un clásico del surf en español.

De todos modos, antes de tomar la decisión de traducir el libro me lo estuve pensando un tiempo. El libro de Finnegan tiene 600 páginas y no es nada fácil. Finnegan es un escritor de la escuela del *New Yorker* y posee una meticulosidad exhaustiva: cuando describe una ola o un *spot* surfiero, no deja detalle alguno sin nombrar. Además, estoy seguro de que Finnegan ha usado con profusión los diarios que ha ido escribiendo desde que era adolescente, porque las evocaciones de sus cabalgadas bajo las olas tienen una riqueza descriptiva que la memoria por sí misma sería incapaz de transmitir. Por lo tanto, la decisión me costó. Pero de pronto empecé a recordar a los surfistas californianos de Puerto Escondido, que vi en 1984, cuando el surf aún no se había puesto de moda (en Mallorca lo único que se veía era el wind-surf). Allí, en la playa Zicatela, me fascinó ver las horas infinitas que los surferos se pasaban en el agua, tendidos sobre las tablas, esperando la ola que a veces llegaba y a veces no. Me fascinó ver sus siluetas al contraluz, meciéndose muy cerca de la línea del horizonte (eso que Finnegan, en su libro, llama el *minué* de los surfistas). Me fascinó verlos dar parafina a sus tablas antes de iniciar la ceremonia—porque era una ceremonia—de meterse en el agua en busca de una buena ola. Y me fascinó verlos salir del agua muchas horas más tarde, chorreantes y agotados, después de haberse enfrentado a unas olas de más de dos metros que daban

mucho miedo (de hecho, los mexicanos recomendaban no meterse en el agua porque cada dos por tres se ahogaba alguien en aquella parte de la playa). Y sobre todo, me fascinó que la zona donde rompían las olas—el *spot*, o el pico, si lo decimos en castellano—tenía el apodo de la Barra de la Silla de Ruedas—«The Wheelchair Bar», porque allí se habían quedado parapléjicos dos o tres surfistas que habían sufrido un accidente (por no hablar de los que habían muerto, que también eran bastantes). ¿Qué impulsaba a alguien a meterse bajo aquellas olas? ¿Qué buscaba uno? ¿Qué sentía? ¿Qué quería alcanzar?

El libro de Finnegan tiene la respuesta a todas estas preguntas. Quénes se han metido en un tubo saben que dentro de una ola nadie siente el paso del tiempo ni la gravedad terrestre ni siquiera la mortalidad. Y mientras el surfista va deslizándose bajo el rugido de la ola que rompe—y que puede hacerle papilla en un segundo—, de pronto tiene la sensación de haber alcanzado la eternidad. No una especie de eternidad, no. La eternidad. Toda la eternidad, o al menos toda la eternidad que le sea posible sentir a un ser humano. Así, sin más. Eso explica que para los surfistas de verdad pillar una buena ola se convierta en el equivalente de la búsqueda enloquecida de la ballena blanca por parte del capitán Ahab. Todos saben que esa buena ola les parecerá muy poca cosa cuando la hayan surfreado, pero eso también les da igual. Hay que encontrarla, hay que surfrearla. Y por eso peregrinan de una playa a otra, cada vez más remota

y más difícil de alcanzar. Y cuando por fin pillan esa ola que llevaban meses buscando, de pronto pueden creer que el tiempo no existe porque ellos han logrado meterse—durante ocho, diez, veinte interminables segundos—en el gran vientre giratorio de la eternidad. Finnegan ha perseguido olas en California (San Onofre, Ventura, Ocean Beach), Hawái (Waimea Bay), Australia (Kirra), Indonesia (Bali, Grajagan, Sumatra), las islas Fiji (Tavara, que en realidad descubrió con su amigo Bryan Di Salvatore), Sudáfrica (Jeffreys Bay), Madeira (Ponta Delgada) y Nueva York (Long Island, en invierno, con nieve en las calles, cuando tiene que cambiarse en el coche y ponerse el tupido traje de neopreno que le permitirá meterse en el agua helada). Y también, sí, ha surfreado en Puerto Escondido, donde se perforó un oído.

Al final, por supuesto, decidí traducir el libro. No me arrepiento en absoluto. La autobiografía de Finnegan es una crónica espléndida de nuestra época. Empieza en Hawái y California, en los primeros tiempos de la contracultura y del *flower power*, y termina en Madeira y Long Island en los tiempos de la burbuja financiera y de la presidencia de Obama. El país que inicia el relato de Finnegan en los años 60 está repleto de expectativas y optimismo. El país que aparece al final

ha iniciado su lento declive hacia la decadencia y ha visto cómo la brecha de la desigualdad se ha ido agrandando día a día. En el caso de Finnegan, esta última etapa social y política coincide con su decadencia física como surfista—en los últimos capítulos, Finnegan ya ha cumplido los 60 años—, lo que añade emoción y dramatismo a la crónica de sus últimos días surferos. Pero en *Años salvajes* hay mucho más que surf. Hay una reflexión fascinante sobre la amistad, sobre todo cuando Finnegan narra el periplo por el Pacífico con su amigo Bryan Di Salvatore, un surfista en todo diferente a él (y no sólo por ser *goofy*). Finnegan es de clase alta, universitario, izquierdista, mientras que Di Salvatore es de clase obrera, se ha educado con becas y tiene ideas políticas muy conservadoras. A uno le gusta el rock, al otro el country. Entre ellos hay peleas, roces, rivalidades, traiciones, chicas—y fidelidad, y comprensión, y respeto—, pero su historia en busca de olas tiene el sabor de un gran *western*. Y lo mismo ocurre con muchas páginas de este libro. A pesar de sus tecnicismos, a pesar de su obsesión por la exactitud en la práctica del surf, *Años salvajes* es una especie de «Moby Dick» de nuestra época. Léanlo. —EDUARDO JORDÁ.

William Finnegan, *Años salvajes*, Barcelona, Libros del Asteroide, 2016.